

AUTOR BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

JOSEPH PRINCE

VEN
A
LA
MESA

DESATA EL PODER DE
LA SANTA CENA



**VEN
A
LA
MESA**

JOSEPH PRINCE

**VEN
A
LA
MESA**

DESATA EL PODER
DE LA SANTA CENA



Vida[®]

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos

VEN A LA MESA

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2020
Nashville, Tennessee

© 2020 Editorial Vida

Este título también está disponible en formato electrónico.

Originalmente publicado en Estados Unidos de América con el título:

Eat Your Way to Life and Health
Copyright © 2019 por Joseph Prince

Publicado por Emanate Books, un sello de Thomas Nelson. Emanate Books y Thomas Nelson son marcas registradas de HarperCollins Christian Publishing, Inc.

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en ningún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro—, excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovada 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las citas bíblicas marcadas «NVI» son de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI®. Copyright © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usada con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas bíblicas marcadas «NTV» son de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas «LBLA» son de La Biblia de las Américas®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Todas las cursivas en las citas bíblicas y testimonios fueron añadidas por el autor para enfatizar.

Los enlaces de la Internet (sitios web, blog, etc.) y números de teléfono en este libro se ofrecen solo como un recurso. De ninguna manera representan ni implican aprobación o apoyo de parte de Editorial Vida, ni responde la editorial por el contenido de estos sitios web ni números durante la vida de este libro.

Editora en Jefe: *Graciela Lelli*

Traducción: *Juan Carlos Martín Cobano*

Adaptación del diseño al español: *Setelee*

ISBN: 978-1-40022-177-6

CATEGORÍA: Religión / Vida Cristiana / Pentecostal y Carismática

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

20 21 22 23 24 25 LSC 9 8 7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Introducción.	vii
1. Ven a la mesa.	1
2. No es otro plan de dieta.	15
3. Ninguno débil ni enfermo	33
4. A tu favor, no en tu contra	49
5. No hay lugar para el temor	60
6. Él pagó la factura	74
7. La revelación da resultados.	88
8. Completamente cubierto, sin exclusiones.	102
9. ¡No te rindas!.	120
10. La lucha por el descanso	134
11. El Dios de tus valles	150
12. Busca al sanador	163
Palabras finales	181
Preguntas frecuentes sobre la Santa Cena.	183
Apéndice	193
Notas	199
Acerca del autor	213

INTRODUCCIÓN

¿Sabías que puedes pedirle a Dios una vida larga, buena y saludable? ¿Eres consciente de que Dios sigue sanando a las personas hoy? ¿Y te has preguntado alguna vez si es la voluntad de Dios que seas sanado?

No sé a qué circunstancias te enfrentas mientras sostienes este libro en tus manos. Tal vez tú, o algún ser querido, has sido diagnosticado con una enfermedad crítica, y todavía estás conmocionado, lleno de temor e impotencia. O tal vez has sufrido una recaída de una afección que creías haber vencido, y te has resignado a que es «la voluntad de Dios».

Amigo mío, sea cual sea la situación a la que te enfrentas, no te rindas.

Ahora no.

Ni nunca.

No importa cuán grave sea tu informe médico, Dios puede cambiar tu situación. Él es un Dios de milagros, y es más grande que cualquier gigante al que te enfrentes hoy.

Quizás tus circunstancias externas sean desalentadoras. Tal vez estés rodeado de goteros intravenosos, respiradores u otros equipos médicos. El informe de la radiografía que te hicieron, ese bulto que los médicos encontraron en tu cuerpo o esa mancha que se extiende en tu piel pueden ser un presagio. Pero ¿sabes qué? Estas cosas puedes *verlas*

y eso significa que son *temporales*. La Biblia nos dice que «las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Co 4.18).

Existe un enemigo que usa lo visible para atraparte y oprimirte con temor y desánimo. Pero creo que el Señor dispuso que tuvieras este libro en tus manos porque quiere que mantengas tus ojos en él, el Dios invisible y eterno. Él nunca te dejará ni te abandonará. Incluso ahora, se está acercando a ti a través de las páginas de este libro. Tienes un Dios que te ama tanto que dio su vida por ti en la cruz.

Aun así, la gente se ha creído de alguna manera la mentira de que a veces es la voluntad de Dios que estemos enfermos. Incluso hay quienes afirman que Dios usa la enfermedad para «castigarnos» o enseñarnos una lección. Estas mentiras le han robado a su pueblo el derecho a la salud divina, un derecho comprado con sangre. Estas mentiras han hecho que muchos creyentes acepten sin más la enfermedad en sus cuerpos.

Amigo mío, Dios *no* es el autor de la enfermedad, la dolencia y la muerte. El poder destructivo de la enfermedad y la muerte se desató cuando Adán y Eva comieron del árbol del conocimiento del bien y del mal. Pero Dios nunca quiso que el hombre sufriera enfermedades y dolencias. De hecho, Dios nunca quiso que el hombre muriera. La muerte vino al mundo porque Adán pecó contra Dios, y la paga del pecado es la muerte (Ro 6.23).

La buena noticia es que nuestro hermoso Salvador no solo murió por nuestros pecados, sino que también pagó el precio de la sanidad de nuestras enfermedades con su propio cuerpo. Y, mediante su obra en la cruz, podemos creer en la sanidad divina. La Biblia declara que «gracias a sus heridas fuimos sanados» (Is 53.5, NVI).

¿Cómo podemos recibir esta provisión de salud e integridad? Así como la muerte y la enfermedad llegaron a través de un acto de comer, creo que Dios ha ordenado que otro acto de comer revierta la maldición provocada en el jardín del Edén. Creo que la vida, la salud y la sanidad también pueden ser liberadas por medio del simple acto de comer.

En otras palabras, *puedes comer tu camino hacia la vida y la salud.*

¿De qué estoy hablando? De la Santa Cena.

El cuerpo de Cristo ha sido negligente con las verdades que hay detrás de la Santa Cena. Muchos la han visto como un mero ritual o tradición y participado de ella solo unas pocas veces al año, o a lo sumo una vez al mes. Pero en nuestra iglesia, gracias a las revelaciones que Dios ha abierto para nosotros, hemos estado participando de la Santa Cena cada domingo por años. Muchos de nuestros miembros incluso participan de ella a diario, ¡y algunos lo hacen varias veces al día!

Desde que empecé a predicar el evangelio de la gracia hace más de dos décadas, y especialmente cuando empecé a predicar sobre cómo Dios ha ordenado la Santa Cena como un canal para recibir sanidad, salud y plenitud, he recibido testimonios de sanidad de personas de todo el mundo. A medida que más y más personas hacían suyas las enseñanzas sobre la Cena del Señor, comenzaron a llegar testimonios de sanidades, y estoy deseando compartir algunos de ellos contigo en este libro. Tanto si te enfrentas a un problema médico como si simplemente deseas vivir con mejor salud, sé que serás bendecido por las verdades de este libro.

Curiosamente, muchos creen que para vivir una vida larga y saludable lo que hay que hacer es vigilar lo que se come. Por eso vienen y van tantas dietas de moda, y se nos dice sin parar que necesitamos «alimentos saludables», como hojas de cebada, aceite de coco y espirulina, por nombrar solo algunos, para mantenernos sanos. Me sorprendió descubrir que, solo en Estados Unidos, la industria de las dietas maneja actualmente 70.000 millones de dólares,¹ con empresas que tratan de impulsar todo tipo de métodos de dieta, suplementos y regímenes.

No me malinterpretes. Por supuesto, come bien, elige los alimentos adecuados y aléjate de los excesos que dañan tu cuerpo. Pero nuestra vida no puede depender de dietas, actividades extravagantes, *apps* de ejercicios y alimentos saludables. Gracias a Dios por los nutricionistas y por los instructores de *fitness*. Están en la misma batalla. Pero nuestra confianza tiene que apoyarse en la redención comprada por Cristo, y no en la creación. Hablaré más sobre esto en los siguientes capítulos.

La salud divina y una larga vida solo pueden venir de Dios. A diferencia de las industrias de alimentación saludable, dieta o vitaminas y

suplementos que tratan de vender sus productos, la provisión de Dios para la vida y la salud no se vende en un frasco, ni es un régimen ni una píldora. La hemos recibido de manera gratuita, pero llegó a un precio astronómicamente alto que pagó en la cruz del Calvario el propio Hijo de Dios.

Escribí este libro porque quiero que recibas, por medio de la participación en la Santa Cena, todos los beneficios de todo lo que el Señor Jesús ha comprado para ti en la cruz. Quiero que sepas, sin el menor género de duda, que Dios quiere que estés sano, completo y en buen estado. Quiero que sepas que Dios desea de todo corazón que disfrutes de una vida larga, saludable y satisfactoria.

Estas son algunas de las preguntas que espero responderte en este libro:

- ¿Es la voluntad de Dios curarme?
- ¿Soy apto para su poder de sanidad?
- ¿Qué debo hacer si estoy enfermo?
- ¿Dios me está castigando con enfermedades y dolencias?
- ¿Qué importancia tiene para mí la Santa Cena?
- ¿Puede Dios sanar a mis seres queridos?
- ¿Cómo puedo tener una vida larga y saludable?
- ¿Qué debo hacer cuando no veo resultados?

Al responder a estas preguntas, no quiero compartir mis opiniones personales. Quiero mostrarte las promesas eternas de la Palabra de Dios. Quiero compartir testimonios de las Escrituras y de personas que han sido sanadas a pesar de que los médicos les dijeron que sus enfermedades eran terminales o incurables.

Lo que Dios ha hecho por ellos también puede hacerlo por ti.

Amigo mío, tu progreso sanador está en camino, y estoy deseando que recibas cada una de las bendiciones que nuestro Señor Jesús pagó para que goces de ellas. Déjame mostrarte cómo puedes comer tu camino hacia la vida y la salud.

I.

VEN A LA MESA

Este que tienes en tus manos no es un libro normal y corriente.

Tengo la firme convicción de que estoy cumpliendo una misión de Dios, una misión que consiste en llevarnos a un lugar donde cada hijo de Dios pueda caminar en salud divina ¡todos los días de su vida!

Creo que el Señor me ha dado la misión de enseñar sobre el poder salúfero y curativo de la Santa Cena, y me muero de ganas de contarte más.

Esto no es una nueva revelación ni una moda pasajera. He estado predicando, enseñando y practicando las ideas que el Señor me ha dado por casi dos décadas. Tenemos una congregación de más de treinta y tres mil personas que se reúnen en múltiples servicios en muchos lugares cada domingo. Todos los domingos, en todos los servicios, incluyendo los infantiles, tomamos juntos la Santa Cena como iglesia.

La Santa Cena no es solo algo que debo enseñar. Estoy plenamente convencido de su eficacia, y personalmente participo de ella a diario. Hay temporadas en las que incluso participo varias veces al día, y no sé cómo empezar a contarte hasta qué punto la libertad de recibir libremente la Cena del Señor nos ha bendecido a mi familia y a mí.

OBTÉN UNA PODEROSA REVELACIÓN DE LA SANTA CENA

Durante los últimos veinte años, he predicado muchos mensajes sobre la Santa Cena. Pero prediqué lo que considero un mensaje decisivo el 7 de abril de 2002, con el título de «Salud y plenitud por medio de la Santa Cena». No fue un sermón más. Las verdades reveladas ese día llevaron a la sanidad y transformación de innumerables vidas alrededor del mundo y desataron una marea de revelaciones que sigue teniendo eco a través de muchas vidas.

¡Amigo mío, no quiero que *tú* te pierdas ese mensaje! ¿Me permites retroceder en el tiempo? Como regalo para ti, he preparado un enlace al mensaje. Puedes escucharlo visitando JosephPrince.com/eat. Mientras escuchas, quiero que sepas algo: Dios no está limitado por el tiempo o el espacio. Escucharás una palabra que el Señor puso en mi corazón *para ti*

hace muchos años. Fue importante entonces, pero creo que nunca ha sido más relevante que ahora.

**NUNCA COMO
AHORA HA SIDO
TAN RELEVANTE
LA REVELACIÓN
DE LA SANTA
CENA.**

Tanto si es la primera vez como la centésima que me escuchas enseñar sobre la Santa Cena, pido a Dios que tu vida se revolucione al revelarte el Señor sus verdades. Sea cual sea la enfermedad o dolencia con que estés lidiando, que tu sanidad comience hoy, a medida que aprendas más y más sobre cómo puedes participar por medio de la Santa Cena de la obra consumada de Jesús.

Los frutos de la enseñanza de la Santa Cena han sido asombrosos. Desde que empecé a predicar sobre ello, han llegado testimonios de sanidad de todo el mundo. Si eres uno de los que me ha escrito, gracias. Desde el fondo de mi corazón, *gracias*. Me llena de humildad que te tomaras el tiempo de compartir tu testimonio conmigo. Tal vez no pueda responder a todos ni compartir todos los testimonios durante

mi predicación, pero leer acerca de lo que el Señor ha hecho por ti y tus seres queridos me ha bendecido de una manera incalculable y quiero que sepas que la palabra de tu testimonio también ha ayudado a otros a vencer al enemigo en sus vidas (Ap 12.11).

En particular, quiero dar las gracias a aquellos de ustedes que me han enviado copias de sus informes médicos, escáneres, radiografías y otros documentos médicos que confirman la sanidad del Señor en sus vidas. Me alegra saber que caminan con la salud que nuestro Señor Jesús pagó para que la disfruten. Me alegra aún más saber que han experimentado su amor por ustedes de una manera tan tangible.

LA SALUD ES LA MAYOR BENDICIÓN

¿Estás de acuerdo en que, aparte del regalo de la salvación —recibir a Jesús como nuestro Señor y ser salvados de la destrucción eterna—, la mayor bendición que podríamos recibir es la salud? Puedes tener una familia maravillosa, pero, si estás postrado en cama y no puedes disfrutar de estar con ellos, sería una desgracia. En cuanto al dinero, es posible que puedas pagar el tratamiento médico más moderno o a los mejores cirujanos, pero ni todo el dinero del mundo puede comprar la salud.

No tengo duda de que Dios quiere que tú y yo disfrutemos de su bendición de la salud. Cuando Jesús anduvo en la tierra, no estuvo todo el tiempo caminando sobre el agua o calmando tempestades, pero sí estuvo *sanando* todo el tiempo. En cada pueblo al que entraba, en cada lugar donde iba, hacía el bien y sanaba a todos los oprimidos (Hch 10.38).

¡NOS HAN ROBADO!

Una de las razones por las que me apasiona tanto enseñar sobre la Santa Cena es porque fui víctima de una enseñanza defectuosa y legalista que me mantuvo en temor y esclavitud por muchos años en mis primeros

años como cristiano. No me sorprendería que a algunos de los que leen esto les enseñaran las mismas cosas.

**JESÚS NO ANDABA
SOBRE EL AGUA
NI CALMABA
TEMPESTADES
TODO EL TIEMPO,
PERO SÍ SANABA
TODO EL TIEMPO.**

Me enseñaron a «examinarme» antes de venir a la Mesa del Señor y me advirtieron que no participara si había un pecado en mi vida que me hiciera indigno. Me dijeron que, si lo hacía, eso traería juicio sobre mí. Me volvería débil y enfermaría, e incluso podría morir antes de tiempo. Como resultado, me daba tanto miedo la Santa Cena que nunca la tomaba.

Después de todo, no era tonto. ¿Por qué iba a arriesgarme? No vivía en pecado ni nada de eso, pero ¿y si había algún pecado en mi vida que ignoraba o había olvidado confesar?

Para empeorar las cosas, me dijeron que no solo podía cometer pecados de comisión (cosas que hacía), sino también de omisión (por cosas buenas que no hacía) e incluso de transmisión (pecados cometidos por mis antepasados). ¿Cómo saber si era suficientemente «digno»?

En la iglesia a la que había asistido anteriormente, recuerdo que los que deseaban tomar la Santa Cena eran invitados a pasar adelante, y teníamos que caminar hasta el altar, en la parte frontal de la iglesia. Yo era entonces líder de jóvenes, así que fingía pasar adelante junto con los que recibían la Santa Cena. Después de estar de pie algún tiempo, volvía a mi asiento y hacía como si ya hubiese recibido la Santa Cena. Pero nunca participaba de ella.

¿Por qué? Por miedo.

Me robaron mi herencia por culpa de una predicación bien intencionada pero errónea que puso una valla invisible alrededor de algo cuyo propósito era ser una *fuentes* de salud y sanidad y una bendición para el pueblo de Dios. Pusieron una valla alrededor que decía: «No te acerques a menos que seas digno». No quiero que te roben como a mí, y por eso quiero que veas por ti mismo lo que dice la Palabra de Dios. ¿Estás listo?

LA MALA INTERPRETACIÓN DE LAS ESCRITURAS CONDUCE A CREENCIAS ERRÓNEAS

¿Cómo se han creado esas creencias tan equivocadas? Proceden de una mala interpretación de la enseñanza del apóstol Pablo sobre la Santa Cena en su carta a la iglesia de Corinto:

De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. *Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen.* (1 Co 11.27–30)

De alguna manera, se han malinterpretado los versículos 27 y 29 y se ha enseñado que no podemos participar de la Santa Cena si somos «indignos» por culpa de nuestros pecados. Pero la sangre de Jesús ya ha sido derramada por nosotros y, como creyentes, somos la justicia de Dios en Cristo (2 Co 5.21). Somos plenamente justos y dignos, no porque seamos perfectos, sino porque *él* es perfecto.

Ahora bien, quiero dejar claro que estoy en *contra* del pecado. Pero no tenemos que ser perfectos para venir a la Mesa del Señor. Si eso fuera un requisito previo, ¡nadie podría participar! Tal vez no creas haber cometido ningún pecado grave o importante, pero, para Dios, el pecado es el pecado y si fallas, aunque sea en un área, eres considerado culpable de todo (Stg 2.10). Gracias a Dios que, incluso cuando fallamos, tenemos «redención por su sangre, el perdón de pecados, conforme a las riquezas de su gracia» (Ef 1.7).

**NO TENEMOS
QUE SER
PERFECTOS
PARA ACUDIR
A LA MESA
DEL SEÑOR.**

Además, quiero señalar que los versículos 27 y 29 no dicen que los indignos *no* puedan participar de la Santa Cena. Fíjate bien. Pablo

hablaba de la *manera* en que uno participa de la Santa Cena. El apóstol le escribía a la iglesia de Corinto, que trataba la Cena del Señor con irreverencia, comiendo para satisfacer su hambre, mostrando desconsideración por los demás e incluso emborrachándose. Pablo describe cómo participaban:

Cuando ustedes se reúnen, la verdad es que no les interesa la Cena del Señor. Pues algunos se apresuran a comer su propia comida y no la comparten con los demás. Como resultado, algunos se quedan con hambre mientras que otros se emborrachan. ¿Qué? ¿Acaso no tienen sus propias casas para comer y beber? ¿O de veras quieren deshonrar a la iglesia de Dios y avergonzar a los pobres? (1 Co 11.20-22, NTV)

Está claro que Pablo los reprendía por tratar la Cena del Señor como cualquier otra comida, en lugar de participar de ella de una *manera* digna de lo que nuestro Señor Jesús había ordenado que fuera. Trataban la Santa Cena como algo ordinario en lugar de verla como algo santo y especial.

**NO TE LIMITES A
CUMPLIR CON EL
TRÁMITE DE TOMAR
EL PAN Y LA COPA
SIN VALORAR SU
SIGNIFICADO
Y PODER.**

Para nosotros hoy, participar de la Santa Cena de una manera indigna es ser como la iglesia de Corinto, tratar los elementos de la Santa Cena como *comunes, insignificantes e impotentes*. Es tratar los elementos de la Santa Cena como naturales y ordinarios y no reconocer el gran poder sagrado que tenemos en nuestras manos. Es desdeñar los elementos y ser como los hijos de Israel, que estaban tan habituados al maná, que Dios les daba siempre en su gracia, que consideraban el

pan del cielo como algo sin valor (Nm 21.5). Es limitarse a cumplir con el trámite de comer el pan y tomar la copa sin valorar el significado y el poder que contienen.

Tal vez nunca has entendido en realidad por qué los cristianos toman la Santa Cena, y solo la has estado tomando porque te han dicho que lo hagas. Para ti, es un ritual vacío, algo que tu iglesia organiza una vez al mes, o solo en ocasiones especiales como el Viernes Santo. Tal vez estás tomando la Santa Cena de manera supersticiosa, la estás probando solo porque has escuchado testimonios de sanidad y esperas que su «magia» pueda funcionar para ti también. O tal vez lo ves como una costumbre sentimental o una curiosa tradición que simplemente les recuerda a los cristianos las raíces de su fe. Tal vez, cuando tienes los elementos en tus manos, lo único que ves es una galleta y un poco de jugo, y nada más.

Si te reconoces en lo anterior, déjame decirte que también *te* han robado. La Biblia dice que el pueblo de Dios se destruye «porque le faltó conocimiento» (Os 4.6). ¡Tu falta de conocimiento sobre lo que realmente es la Santa Cena te ha estado destruyendo, y ni siquiera lo sabes!

TENEMOS LA VERDADERA FUENTE DE LA JUVENTUD

Déjame decirte por qué predico con tanto ahínco sobre la Santa Cena y por qué participo de ella todos los días. Déjame decirte por qué la Santa Cena está arraigada como parte del ADN de nuestra iglesia y por qué creo que es más poderosa que cualquier medicina, procedimiento médico, antibiótico y quimioterapia usados para curarnos el cuerpo. Déjame decirte por qué creo que la Santa Cena es la proverbial «fuente de la juventud» que la humanidad ha buscado por generaciones y por qué creo que cada vez que participamos en ella estamos renovando nuestra juventud como el águila (Sal 103.5).

**CADA VEZ QUE
PARTICIPAMOS DE
LA SANTA CENA, SE
RENUEVA NUESTRA
JUVENTUD COMO
LA DEL ÁGUILA.**

La tierra ha estado sometida a juicio divino desde que Adán pecó. El envejecimiento, la enfermedad y la muerte son parte de esta sentencia divina. La realidad es que vivimos en un mundo caído y estos efectos de la sentencia divina están afectando a *todos* nuestros cuerpos mortales. Pero Dios *nunca* pretendió que sus hijos sufrieran nada de eso. Por eso envió a su Hijo para llevar nuestros pecados y enfermedades en la cruz. Por eso Dios proveyó

**LA SANTA CENA
ES UN CANAL
SOBRENATURAL
PARA QUE FLUYA
EN NUESTRO
CUERPO
LA SANIDAD
DE DIOS.**

la Santa Cena como un medio para escapar del juicio divino que pesa sobre este mundo, para contrarrestar sus efectos. La Santa Cena es un canal sobrenatural para que su salud e integridad fluyan en nuestros cuerpos. Mientras que el mundo se debilita y enferma, creo que cada vez que tomamos la Santa Cena con fe ¡nos fortalecemos y nos sentimos más sanos!

Hay algunos que han malinterpretado 1 Corintios 11.27 y dicen que, cuando participamos siendo indignos, Dios nos juzga enviándonos enfermedades. Me entristece que la gente acuse, sin darse cuenta, a nuestro amado Padre de infligirnos enfermedades, cuando él hizo el sacrificio máximo para *librarnos* de las enfermedades. ¿No es como si el engañador levantara vallas de creencias erróneas alrededor del mismísimo canal que el Señor dispuso como antídoto para la enfermedad y el mal? ¿No es como si el enemigo pusiera estas vallas para que el pueblo de Dios tuviera demasiado miedo como para participar en su provisión?

La iglesia primitiva entendió con claridad cuán poderosa es la Santa Cena. Por eso no participaban en ella solo de vez en cuando. La Biblia nos dice que partían el pan «por las casas» (Hch 2.46). Cuando se reunían los domingos, la razón principal no era escuchar la predicación y la enseñanza. Quiero que lo veas por ti mismo:

El primer día de la semana, reunidos los discípulos *para partir el pan...*
(Hch 20.7)

Aunque el apóstol Pablo fuera el orador invitado ese fin de semana, la razón principal por la que se reunían era para partir el pan. Si la gente de hoy conociera la magnitud del poder contenido en la Cena del Señor, sería como la iglesia primitiva, participaría de la Cena del Señor tan a menudo como pudiera y recibiría todos los beneficios que pudiera. ¡Nos han robado, amigos! ¡Es hora de despertar!

Examinémonos siempre, no por los pecados (pues han sido lavados por la sangre de Jesús), sino para asegurarnos de que participamos de una manera *digna* de la Cena del Señor, con una revelación de su obra consumada. Estemos siempre conscientes de que, al participar del pan, estamos participando del cuerpo de Jesús que fue partido para que el nuestro estuviera entero (1 Co 11.24; Is 53.5). Y, mientras participamos de la copa, seamos conscientes de que estamos recibiendo su sangre, que fue derramada para el perdón y la remisión de *todos* nuestros pecados (Mt 26.28; Col 2.13).

**PARTICIPA
DE LA CENA
DEL SEÑOR
CON UNA
REVELACIÓN
DE SU OBRA
CONSUMADA.**

ÉL ESTÁ CONTIGO EN MEDIO DE TUS PRUEBAS

Pero, si Dios quiere que estemos sanos, y el cuerpo de Jesús fue partido por nosotros, ¿por qué hay cristianos que están enfermos? Conozco personalmente a creyentes que luchan con enfermedades graves, y seguro que tú también. Tú o algún ser querido podrían estar afrontando un problema de salud en este momento.

Si estás luchando contra una afección médica, por favor, has de saber que no hay nada malo en tener dudas y preguntas. El Señor conoce la confusión y el dolor que sientes, y quiere que sepas que él está contigo

en todo el proceso. Sé que puede ser difícil seguir confiando en él cuando estás pasando por una prueba de fuego. Pero sigue confiando en él, amigo mío. Él *es*, en este momento, tu ayuda *presente* (Sal 46.1). Sigue poniendo tus ojos en él. Él es fiel, y no te dejará ni te abandonará (Dt 31.6).

Daniel 3 registra la historia de tres amigos (Sadrac, Mesac y Abed-nego), que fueron atados y arrojados a un horno de fuego cuando se negaron a inclinarse y adorar la imagen de oro erigida por el rey Nabucodonosor. El horno estaba tan caliente que los hombres que los arrojaron murieron abrasados. Pero el rey vio a los tres amigos caminando en medio del fuego, y vio a un cuarto hombre con aspecto «semejante a hijo de los dioses» (Dn 3.25). Asombrado, el rey los llamó, y él y todos sus oficiales vieron que el fuego no les hizo nada. No tenían ni un solo pelo chamuscado, sus ropas no estaban quemadas ni dañadas, y ni siquiera olían a humo. Como resultado, el rey reconoció que no había otro Dios que pudiera librar como su Dios, y los tres amigos no solo fueron liberados, sino también ascendidos de cargo.

**SALDRÁS DE TU
PRUEBA MUCHO
MÁS FUERTE
QUE ANTES
DE ENTRAR.**

Amado, tu Señor Jesús ha prometido que «*nada* os dañará» (Lc 10.19). Aunque estés pasando por una prueba, él te librará. Así como estuvo en el fuego con los tres amigos de Daniel, también está contigo. Oro en el nombre de Jesús para que salgas de esta prueba mucho más fuerte que antes de entrar. ¡Declaro que esta enfermedad *no* tendrá poder sobre ti, y que el Señor te librará de una manera tan completa que saldrás de ella sin ni siquiera oler a humo!

CÓMO EVITAR ESTAR DÉBIL Y ENFERMO

Quiero compartir contigo algo que creo que puede ayudarnos a experimentar más de su poder sanador. El apóstol Pablo nos llama la atención

sobre la razón por la que muchos cristianos están débiles o enfermos e incluso mueren antes de tiempo. ¿No te alegra que haya usado la palabra *razón* y no *razones*? No digo que toda enfermedad de todo creyente se deba a esto. Solo estoy señalando que, en su Palabra, Dios destaca esta como la razón por la que muchos cristianos están débiles, enfermos y dormidos (muertos prematuramente). Es una buena noticia porque significa que, cuando sepamos cuál es la causa, podremos evitarla.

Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir *el cuerpo del Señor*, juicio come y bebe para sí. *Por lo cual* hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. (1 Co 11.29–30)

La «razón» que Pablo subraya es no «discernir el cuerpo del Señor». La palabra *discernir* traduce el verbo griego *diakrino*, que significa «hacer una distinción».¹ (Si quieres saber más sobre las palabras griegas clave y sus significados en 1 Corintios 11.28–32, por favor, consulta el apéndice). Hay quienes reconocen que la sangre de Jesús fue derramada para el perdón de nuestros pecados, pero no reconocen que su cuerpo fue partido para que nuestros cuerpos pudieran estar bien. También hay quienes aglutinan el pan y la copa como una sola cosa, y consideran que ambos juntos representan el perdón de los pecados, de modo que no distinguen entre los dos elementos.

Pero Jesús no solo sufrió y murió para darnos perdón. También murió por nuestra sanidad. El salmista David escribió: «Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias» (Sal 103.2–3). El mismo Jesús que compró el perdón de *todos* nuestros pecados también eliminó *todas* nuestras enfermedades. Al no hacer una distinción y ver que el cuerpo del

**EL MISMO JESÚS
QUE COMPRÓ
EL PERDÓN DE
TODOS NUESTROS
PECADOS TAMBIÉN
ELIMINÓ TODAS
NUESTRAS
ENFERMEDADES.**

Señor fue partido para que nuestras enfermedades fueran sanadas, se da lugar a que muchos estén enfermos y debilitados.

Si hay muchos que están enfermos y débiles porque no han discernido el cuerpo del Señor, es lógico deducir que lo opuesto sea verdad: aquellos que *disciernen* que su cuerpo fue partido para nuestra salud estarán sanos y fuertes, ¡y vivirán una buena y larga vida! Por eso, amigo mío, es por lo que estoy escribiendo este libro. Hay un gran poder sanador en la Santa Cena, pero demasiadas personas se han visto despojadas de este don, ya sea por no conocerlo o porque no se les ha enseñado bien lo que el Señor quería que fuera.

**CADA VEZ QUE
PARTICIPAMOS
DEL CUERPO DEL
SEÑOR, ESTAMOS
INGIRIENDO
SALUD,
VITALIDAD,
FUERZA Y
LARGA VIDA.**

Cada vez que participamos del cuerpo del Señor, estamos ingiriendo salud, vitalidad, fuerza y larga vida. Si hay una enfermedad en el cuerpo, será expulsada de manera sobrenatural. Si hay deterioro y degeneración, el proceso se invertirá. Si hay dolor, se quitará. Los resultados quizás no sean espectaculares e inmediatos, pero están asegurados y llegarán sin duda. Y yo oro para que los experimentes personalmente.

EL CÁNCER DESAPARECIÓ DESPUÉS DE TOMAR LA SANTA CENA

Hace unos años, los médicos le encontraron un enorme tumor en la garganta a mi tío. Una biopsia mostró que era canceroso. El patólogo le dijo que el cáncer se estaba extendiendo de forma agresiva por todo el cuello y detrás de la lengua. Mi tío me dijo que, en cuanto escuchó lo que le dijo el patólogo, renunció a la esperanza de vivir. Pero, antes de someterse a cirugía para tratar de quitar el tumor, sus hijas,

que llevaban años asistiendo a nuestra iglesia, lo visitaron y le dijeron: «Vamos a tomar juntos la Santa Cena, papá. Oremos y creamos en Dios».

Él contó que, mientras tomaban la Santa Cena, sintió por primera vez que la esperanza se elevaba en su corazón, y la tomó con fe en que Jesús era su sanador y en que el cuerpo de Jesús marcaría la diferencia en su cuerpo, allí mismo en la sala del hospital. Después de eso, se sometió a la cirugía y los médicos le quitaron el tumor de la garganta. Lo asombroso es que, cuando hicieron una biopsia de lo que habían extirpado, no encontraron absolutamente ningún rastro de cáncer en el tumor, ¡y sus médicos no podían explicarlo!

Los numerosos exámenes previos a la cirugía habían confirmado que el tumor era canceroso. De hecho, las pruebas mostraban que el cáncer se estaba extendiendo y era agresivo. Aun así, cuando le quitaron el tumor, no había rastro de cáncer en él. De alguna manera, el Señor había hecho que el cáncer desapareciera de una manera sobrenatural, y yo creo que eso sucedió cuando mi tío y su familia tomaron la Santa Cena.

Del mismo modo, si hay una enfermedad en tu cuerpo y los médicos te han dado un pronóstico negativo, no temas. Tal vez no sepamos cómo puede producirse nuestra sanidad, pero tengamos fe en la obra consumada de Jesús. «Para Dios todo es posible» (Mt 19.26).

Aunque acabamos de comenzar a hablar de la Santa Cena, le pido a Dios que este capítulo ya haya contribuido a responder a algunas de tus preguntas y que ahora estés entusiasmado por recibir sus beneficios gratuitamente. Hay alguien que te ama mucho.

No vivas como si no tuvieras un Salvador. Sea cual sea la afección que te hayan diagnosticado, no desesperes. Él ha pagado el precio para que estés bien. Y ha allanado el camino para que puedas recibir no solo su amor y perdón, sino también su poder sanador.

**ÉL HA ALLANADO
EL CAMINO PARA
QUE RECIBAS
TANTO SU PERDÓN
COMO SU PODER
SANADOR.**

Quiero invitarte a la Mesa del Señor. La mesa no la han preparado manos humanas que pueden flaquear y fallar, sino el Perfecto cuyas manos fueron clavadas en la cruz por ti. *Él* prepara esta mesa en presencia de tus enemigos, y te invita a venir a compartir su cuerpo partido por ti y su sangre derramada por ti. Ven sin miedo a la mesa, participa por fe y recibe tu sanidad.

Si has recibido a Jesús como tu Señor y Salvador, has sido hecho digno por la sangre del Cordero. Has sido limpiado de todos tus pecados. No permitas que el enemigo te siga robando. Participa de la Cena del Señor con acción de gracias, sabiendo que cada vez que participas ¡te vuelves más saludable, más fuerte y más joven en Cristo!

2.

NO ES OTRO PLAN DE DIETA

Puede que hayas escogido este libro pensando que abogo por algún nuevo tipo de dieta. Lo cierto es que sí lo estoy haciendo. Pero la comida y la bebida de las que hablo no son comida y bebida naturales. No tienen nada que ver con la cantidad de carbohidratos que se te permite ingerir ni con si son o no de origen orgánico. En este capítulo, quiero hablarte más sobre esta comida y esta bebida *sobrenaturales* y sobre la clave para vivir una vida larga y saludable *a la manera de Dios*.

¿EN QUÉ SE BASA TU SALUD?

Según los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, entre 2015 y 2016, el 70 % de los estadounidenses mayores de 20 años tenían sobrepeso o eran obesos.¹ Es una estadística bastante sorprendente, si quieres mi opinión. Lo que es aún más preocupante es que la obesidad está relacionada con el aumento en los porcentajes de docenas de enfermedades y afecciones crónicas, como la diabetes, las enfermedades cardíacas, el cáncer, la depresión e incluso la infertilidad.²

Tal vez te estés preguntando cómo puedes asegurarte una vida larga y saludable. ¿Me permites decirte que seguir la última moda en dietas o comprar la última pulsera de ejercicio no es la respuesta? Aunque algunas dietas pueden dar resultados como la pérdida de peso, muchas personas recuperan su peso con creces cuando dejan la dieta. En cuanto a las pulseras de ejercicio, recuerdo que, cuando comenzó esa moda, estuve en una tienda de electrónica y conversé con el dueño. Me contó que había tal demanda de esos artilugios que literalmente volaron de sus estantes. Pero un estudio demostró que, aunque uno de cada diez estadounidenses mayores de 18 años poseía una de esas pulseras, más de la mitad de ellos dijeron que habían dejado de usarla.³

Por favor, escúchame. No digo que no debas comer bien o hacer ejercicio. ¡Claro que sí! Solo te indico que, aunque cada año

**DIOS TIENE
ALGO ESPECIAL
RESERVADO
PARA SUS HIJOS:
EL REGALO
DE LA SALUD
SOBRENATURAL.**

se invierten miles de millones de dólares en el mercado de las dietas y la pérdida de peso, los resultados que producen son diversos y a menudo pasajeros. Estoy a favor de los planes para estar en forma o de los dispositivos que pueden ayudar a las personas a alcanzar sus objetivos de salud. Yo mismo sigo una dieta saludable, y también hago ejercicio y salgo a caminar con regularidad.

Pero ¿me permites sugerirte que, como creyentes, no debemos obsesionarnos ni depender de dietas y regímenes de ejercicios para nuestra salud? Dios tiene algo especial reservado para sus hijos, y es el regalo de su salud divina. Es una salud *sobrenatural* que no se basa en la comida que ingerimos ni en cuánto nos castigamos en el gimnasio. Si todo eso pudiera llevar a la salud y la vida divinas, cualquiera, incluso los no creyentes, podrían disfrutar de ellas.

LA ÚNICA GARANTÍA PARA LA SALUD DIVINA

Muchos creyentes se centran en la comida y la dieta como su clave para la salud, y hay muchos libros sobre qué comer y qué no comer. Por ejemplo, hay creyentes que defienden volver a la dieta que Adán y Eva habrían seguido en el jardín del Edén. Esto significa comer más frutas, cereales y semillas, como si pudiéramos retroceder a la época anterior al pecado de Adán. Pero no podemos pretender que la caída no ocurrió, ¡sí ocurrió!

También hay quienes defienden la dieta mediterránea que nuestro Señor Jesús habría seguido. Estoy de acuerdo en que una dieta mediterránea es buena, pero, si lo piensas, todas las personas que Jesús sanó *seguían* la dieta mediterránea, y aun así se enfermaron. Ha habido otras dietas, y sus promotores defienden cosas distintas, desde cero carbohidratos hasta ayunos intermitentes o alimentación vegetariana. Por desgracia, comer bien no garantiza una buena salud. Una persona puede comer solo lo que los nutricionistas consideran los mejores superalimentos orgánicos y ser superdisciplinada con su rutina diaria de ejercicios, y aun así caer en una enfermedad terminal y ver acortados sus días. ¿Por qué? La creación está caída. ¡La respuesta no está en la *creación*, sino en la *redención*!

No estoy criticando las dietas especiales. Si has seguido tales dietas y te ha ido bien, ¡gloria a Dios! Solo digo que nuestra confianza y dependencia no puede estar en los alimentos que comemos para estar sanos o tener una larga vida. No hay esperanza en la creación. Ya sea que realicemos ciertas dietas, utilicemos remedios herbales o comamos alimentos orgánicos, todo procede de este mundo creado. Pueden ser beneficiosos, pero no pueden garantizar la salud porque la tierra está caída.

Toda la creación gime y está sujeta a la muerte y la decadencia (Ro 8.21-22, NTV). La Biblia incluso

**LA
RESPUESTA
NO ESTÁ EN
LA CREACIÓN,
SINO EN LA
REDECIÓN.**

nos dice: «Porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas» (Heb 13.9). La única cosa segura sobre la que debemos establecer nuestros corazones es la *gracia*, y la gracia es la persona misma de nuestro Señor Jesús. La única garantía es la obra consumada de nuestro Señor Jesucristo.

PON TU CONFIANZA EN LA REDENCIÓN, NO EN LA CREACIÓN

Mientras dependamos de nuestra alimentación y ejercicio para mantenernos sanos en lugar de confiar en el Señor, seguiremos dependiendo de la creación (medios naturales) y no de la redención (su obra sobrenatural). Aunque comamos saludablemente y hagamos ejercicio con regularidad, si queremos acceder a la salud sobrenatural, nuestra confianza debe estar en un Dios sobrenatural y en el alimento sobrenatural que nos ha dado.

**PARA CREAR, DIOS
SOLO TUVO QUE
HABLAR; PARA
REDIMIRNOS,
TUVO QUE
SANGRAR.**

El ser humano tiene montañas de investigaciones dedicadas a la creación y bibliotecas enteras y centros de investigación centrados en el estudio de cuestiones como la formación de la tierra y el origen de la vida. ¿Pero sabes lo que Dios piensa de la creación? Dedicó solo un capítulo de toda la Biblia a hablar de la creación.

Sin embargo, cuando se trata de la redención, Dios dedicó más de diez capítulos solo en Éxodo a los sacrificios de sangre, las ofrendas y el tabernáculo de Moisés porque todos ellos hablan de las glorias y bellezas de su Hijo y de la obra de redención que fue enviado a llevar a cabo.

Para crear, Dios solo tuvo que hablar. Pero, para redimirnos, Dios tuvo que *sangrar*. La redención le costó a Dios mucho más de lo que

podríamos imaginar. Si creemos que podemos acudir a la creación para que nos dé salud, ¿sabes lo que estamos diciendo? Si pudiéramos lograr la bendición de la salud con nuestra disciplina y buen hacer, estaríamos diciendo que la cruz fue inútil y los sufrimientos de Jesús fueron en vano. Pero, amigo mío, no es así. No hay esperanza en la creación; ¡solo la hay en la cruz!

LA COMIDA QUE TRAE SALUD Y PLENITUD

Déjame decirte más sobre esta comida y esta bebida sobrenaturales que tenemos que tomar. Son el único alimento que no tiene su base en la creación caída ni depende de los esfuerzos del hombre caído. Cuando comemos y bebemos este alimento sobrenatural, estamos participando de la obra de la redención y no de la creación.

Nuestro Señor Jesús dijo: «Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Si alguno comiere *de este pan*, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es *mi carne*, la cual yo daré por la vida del mundo» (Jn 6.51). *Vida* aquí es la palabra griega *zoe*, que es la que se usa en la Septuaginta cuando Dios sopló en Adán y este recibió vida (Gn 2.7). Aunque se refiere a la vida propia de Dios, *zoe* también se refiere a la vida física, la salud, la vitalidad y la integridad.⁴ El alimento que Dios nos ha dado no es perecedero, sino un pan *vivo*: Jesús, que vino del cielo y nos fue dado para que tuviéramos vida.

Si te preguntas cómo puede darnos Jesús su carne como comida, no eres el único, porque los judíos que lo escucharon hicieron la misma pregunta (Jn 6.52).

Algunos piensan que Jesús estaba simplemente hablando de creer en él. Pero fíjate en cómo nuestro Señor Jesús continuó diciendo, «Porque mi carne es verdadera comida y mi

**EL ALIMENTO QUE
TENEMOS NO
ES PERECEDERO,
SINO EL PAN VIVO,
DADO PARA QUE
TENGAMOS VIDA
ABUNDANTE.**

sangre es verdadera bebida. El que *come* mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él» (Jn 6.55–56).

¿Sabías que aquí se usan dos palabras griegas diferentes para *come*? Cuando Jesús dijo: «Si alguno *come* de este pan, vivirá para siempre» (Jn 6.51), se usó el término griego genérico *phago* para *come*. *Phago* se puede usar en un sentido físico o espiritual, como para alimentarse de Cristo.⁵ Pero cuando Jesús dijo, «El que *come* mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él» (v. 56), la palabra traducida como *comer* es *trogo*, que significa «roer o crujir»⁶ como cuando se comen frutos secos.

No es posible espiritualizar el sonido de masticar algo crujiente. Jesús no hablaba aquí de comer o alimentarse espiritualmente. ¡Estaba hablando de comer físicamente, de masticar!

Para entender mejor a qué se refería nuestro Señor, observa lo que dijo la misma noche en que fue traicionado, cuando supo que iba a dar su vida por nosotros:

Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados. (Mt 26.26–28)

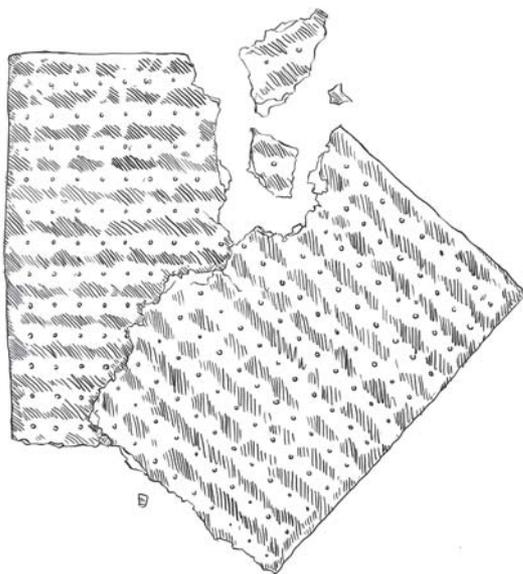
¿De qué estaba hablando nuestro Señor Jesús cuando partió el pan y se lo dio a sus discípulos, diciendo: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo»? ¿Y a qué se refería cuando les dio la copa, diciendo: «esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados»? Sí, hablaba de su crucifixión, pero también estaba instituyendo la Santa Cena, una comida física.

La Santa Cena es la manera ordenada por Dios, su sistema de entrega, para que recibamos la inagotable, santa, rejuvenecedora, vencedora y perpetuamente saludable vida que Jesús tiene cuando «comemos su carne y bebemos su sangre». La Biblia nos dice que «toda la gente procuraba tocarle, porque poder salía de él y sanaba a

todos» (Lc 6.19). El cuerpo de nuestro Señor Jesús emanaba tal salud, poder y vida divina que con solo tocar el filo de su manto muchos se sanaban (Mr 6.56). ¿Puedes imaginar el poder que estamos ingiriendo cuando compartimos el pan y la copa, su cuerpo partido y su sangre derramada?

VER A JESÚS EN EL PAN DE MATZÁ

El pan que nuestro Señor Jesús habría usado cuando partió el pan la noche de la Pascua y dijo: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido» (1 Co 11.24) era pan ácimo judío de matzá. El pan de matzá es un pan plano, parecido a una galleta, preparado especialmente para la Pascua. Quería destacar esto porque hoy la mayoría de nosotros, cuando mencionamos el pan, pensamos en algo suave y esponjoso. Pero Jesús no se refería a este tipo de pan.



*El pan de matzá es un recordatorio práctico y visual
de lo que Jesús sufrió por nuestra sanidad.*

Cuando nuestra iglesia era más pequeña, comprábamos pan de matzá y lo partíamos en pedazos para nuestra congregación al tomar la Santa Cena cada semana. Al comer el pan, podíamos oír los crujidos que hacían los demás a nuestro alrededor, y creo que oíamos cómo se cumplía Juan 6.56, ¡oíamos cómo suena el *trogo*!

Los líderes judíos, que ni siquiera creían en Jesús, han transmitido a lo largo de los siglos las instrucciones para hacer el pan de matzá. Si observas la imagen del pan de matzá, en la página anterior, notarás que está rayado, agujereado y quemado.

¿Sabes por qué el pan de matzá se hace de esta manera? Creo que el Señor ordenó que fuera rayado, agujereado y quemado para que cada vez que tomes la Santa Cena recuerdes lo que Jesús pasó por ti:

- *Rayado*, porque por las heridas de los latigazos que le dieron los soldados somos sanados (Is 53.5).
- *Agujereado*, porque sus manos y pies fueron perforados por clavos, su costado fue atravesado por la lanza del soldado (Jn 19.34), y su frente fue perforada por la corona de espinas (Jn 19.2).
- *Quemado*, porque el fuego del juicio de Dios cayó sobre él cuando cargó con nuestros pecados (Is 53.4).

ÉL FUE GOLPEADO Y MOLIDO POR TI

¿Por qué eligió nuestro Señor Jesús el pan y el vino como los elementos que quería que tomáramos «en memoria» de él (1 Co 11.24–25)?

Creo que es porque son recordatorios prácticos y visuales de lo que le pasó cuando fue a la cruz. Tanto el grano como la uva tienen que ser molidos antes de que podamos tener el pan o el vino.

No consigues vino comiendo uvas. Las uvas tienen que ser primero pisadas y aplastadas. Luego se dejan en la oscuridad para que fermenten. Eso es lo que le pasó a nuestro Señor Jesús.

Es importante que discernamos el cuerpo del Señor para nuestra salud. Cada vez que participes de su cuerpo roto comiendo el pan, no lo hagas precipitadamente. Participa de una revelación de lo que él hizo por ti, y medita en el proceso que tuvo que sufrir el pan. En los tiempos de Jesús, para conseguir pan primero había que trillar el trigo. Esto se podía hacer sacudiendo las gavillas (Jue 6.11) o con un trillo (Is 41.15). Cualquiera que fuera el proceso, era violento e implicaba golpear, aplastar y cortar el trigo para separar el grano de la paja. Pero eso no era todo. Para hacer harina, había que moler el grano en una piedra de molino o batirlo en un mortero. Después de eso, había que añadir agua y amasar la harina y luego hacerle agujeros antes de ponerla al fuego.

Todo esto es una imagen de lo que le pasó a nuestro Señor Jesús. Para llegar a ser el Pan de Vida para ti y para mí, fue brutalmente golpeado y molido una y otra vez. Comenzó en el huerto de Getsemaní, cuando llegó una gran multitud con espadas y garrotes para arrestarlo (Mr 14.43). Luego lo ataron y lo llevaron a la casa del sumo sacerdote, donde fue condenado por el sumo sacerdote y el Sanedrín. Se burlaron de él, le escupieron y le golpearon. Le vendaron los ojos y le golpearon en la cara (Lc 22.63-64; Mr 14.65).

Luego lo llevaron a Poncio Pilato, quien lo mandó azotar brutalmente por los soldados romanos (Mt 27.26). La película *La Pasión de Cristo* intenta describir los sufrimientos de nuestro Señor Jesús. La película recibió críticas porque la gente creía que la escena de la flagelación era demasiado violenta, pero la verdad es que ni siquiera se acercaba a la realidad. La Biblia nos dice que «Tenía el rostro tan desfigurado, que apenas parecía un ser humano, y por su aspecto, no se veía como un hombre» (Is 52.14, NTV). Estaba tan mutilado que ya ni siquiera parecía un hombre, y creo que los presentes tuvieron que

**CADA VEZ QUE
PARTICIPES DE SU
CUERPO PARTIDO,
HAZLO CON UNA
REVELACIÓN DE LO
QUE ÉL HIZO POR TI.**

mirar hacia otro lado y esconder sus rostros porque no podían soportar mirar su grotesca y estremecedora apariencia (Is 53.3).

Pero su calvario no terminó ahí. Toda una guarnición de soldados se juntó a su alrededor y le pusieron una túnica escarlata en su maltrecho cuerpo. Le hicieron una corona de espinas y se la clavaron en la cabeza. Le pusieron un bastón en la diestra, se inclinaron ante él y se burlaron. Le escupieron, le quitaron el bastón y le golpearon en la cabeza una y otra vez, clavándole las espinas cada vez más con cada golpe. Estaban empeñados en humillarlo al máximo. Leemos que «cuando al fin se cansaron de hacerle burla», lo despojaron de la túnica y le pusieron su ropa de nuevo. Luego lo llevaron a ser crucificado (Mt 27.27–31, NTV).

Nunca podremos imaginar o entender completamente la horrible tortura, la degradante humillación y el dolor tan insoportable que nuestro Salvador soportó por nosotros. ¿Pero sabías que tenía el poder de detener su calvario y derrotar a sus torturadores en cualquier momento? Cuando las tropas vinieron a arrestarlo, dijeron que buscaban a Jesús de Nazaret. La Biblia nos dice que él dio un paso adelante y pronunció el impresionante nombre de Dios que le fue revelado a Moisés: YO SOY (Éx 3.14) y los soldados se echaron atrás y cayeron al suelo (Jn 18.5–6). Eso es poder. Pero *eligió* dar su vida y soportar todo el dolor, por tu sanidad y la mía. ¡Eso es amor!

Nuestro Salvador no quería que fueras salvo tan solo de tus pecados. Si eso fuera todo lo que quería lograr, el derramamiento de su perfecta sangre expiatoria habría sido suficiente. En el Antiguo Testamento, cuando los hijos de Israel llevaban sus animales de sacrificio a los sacerdotes como expiación por sus pecados, los animales nunca sufrían. Los sacrificaban compasivamente usando un método conocido hoy como *shechita* para asegurarse de que murieran rápidamente y sin dolor.⁷

Pero nuestro Señor Jesús no tuvo una muerte rápida e indolora. Sufrió como nadie, pasando por horas y horas de inimaginable tortura antes de morir. Observa este pasaje:

[Cristo] llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. (1 P 2.24)

T. J. McCrossan, un experto en griego, destacó que en el texto original, 1 Pedro 2.24 dice en realidad, «por cuya herida de látigo fuisteis sanados». Explicó que la palabra traducida como *herida de látigo* estaba en singular y no en plural, porque Jesús fue azotado hasta que no quedó ni un solo jirón de piel en su espalda. Su espalda era una herida de látigo sangrante, una gran laceración abierta.⁸ Según algunos relatos, los azotes podían ser tan brutales que hasta se podían ver los órganos internos de las víctimas.⁹

Amigo, él te ama mucho. Pasó por toda esa tortura porque era necesario el castigo para tu bienestar y salud, y él permitió que el castigo cayera sobre sí mismo (Is 53.5). Solo con leer esto y saber lo que Jesús hizo por ti, creo que se ha iniciado la sanidad en tu cuerpo. Sea cual sea la enfermedad que te diagnostiquen, Jesús la cargó en su propio cuerpo para que no tuvieras que padecerla. Él lo soportó todo. El dolor más inimaginable, la degradación más absoluta. Y la Biblia nos dice por qué: fue «por el gozo puesto delante de él» (Heb 12.2).

¿El gozo? ¿Qué gozo fue el que le dio tanta fuerza para soportar la cruz?

¡Su amor por ti! Fue la alegría de verte bien, de verte libre de cáncer de páncreas, de leucemia, de artritis reumatoide, de la enfermedad de Lou Gehrig. Sea cual sea la enfermedad que padezcas, Jesús la ha cargado por completo.

Si estás enfermo y tal vez estás leyendo esto desde tu cama de hospital, di estas palabras: «Gracias, Señor Jesús, tú pasaste por todo eso por mí».

**SEA CUAL SEA LA
ENFERMEDAD QUE
TE DIAGNOSTIQUEN,
JESÚS LA CARGÓ
EN SU PROPIO
CUERPO PARA
QUE NO TUVIERAS
QUE PADECERLA.**

EL SIMPLE ACTO DE COMER PUEDE REVERTIR LA MALDICIÓN

Tal vez estás pensando: *¿Cómo algo tan simple como comer la Santa Cena puede hacer que sane? ¡Me cuesta creerlo!* Déjame hacerte una pregunta: ¿Cómo llegó el pecado al mundo? ¿Cómo llegaron al mundo la muerte, la enfermedad y el dolor?

Fue a través del simple acto de *comer*.

Dios nunca quiso que el hombre envejeciera y enfermara. Dios nunca quiso que el hombre muriera. Fue el pecado de Adán al comer del árbol del conocimiento del bien y del mal lo que trajo la muerte. La Biblia nos dice que «como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Ro 5.12). Ese acto particular de Adán de comer causó la caída del hombre y todas las maldiciones que acompañaron a esta. Su acto de comer le dio al mundo un boleto de ida al sufrimiento, la depresión, la enfermedad y la muerte.

Dios odiaba el pecado que estaba destruyendo al hombre. En su gran amor por ti y por mí, Dios envió a su Hijo. Nuestro Señor Jesús se

despojó de su deidad y se hizo hombre para poder llevar todos nuestros pecados sobre su propio cuerpo. Y, en la cruz, Dios desató su santo juicio no sobre ti y sobre mí, sino sobre el cuerpo de Jesús.

Gracias a la cruz, podemos acercarnos con confianza a Dios, sabiendo que *todos* nuestros pecados están perdonados. Gracias a la cruz, podemos tener la plena seguridad de que las enfermedades y dolencias no tienen *derecho* a estar en nuestros cuerpos, ¡porque nuestro Señor Jesús ya ha llevado todas las enfermedades en su cuerpo! Nuestro Señor Jesús

**LAS ENFERMEDADES Y
DOLENCIAS NO TIENEN
DERECHO A ESTAR EN
NUESTROS CUERPOS,
¡PORQUE NUESTRO
SEÑOR JESÚS YA HA
LLEVADO TODAS
LAS ENFERMEDADES
EN SU CUERPO!**

revirtió toda maldición con su muerte en otro árbol. Hoy podemos recibir todo lo que Jesús hizo en la cruz participando de la Santa Cena, mediante el simple acto de comer.

NO SUBESTIMES EL ACTO DE COMER

Por desgracia, es la misma sencillez de la Santa Cena lo que hace que para muchos sea tan difícil creer en su eficacia. Solo ven un pedacito de pan y una copita de jugo. No pueden imaginar cómo algo tan aparentemente insignificante puede ahuyentar la enfermedad o permitirles tener una larga vida. Después de todo, no es algo fabricado después de años de meticulosa investigación científica en un laboratorio de tecnología punta.

No estoy en contra de la medicina. Si tu doctor te ha recetado unos medicamentos, por favor, sigue tomándolos. Pero, incluso cuando los tomas o te sometes a un tratamiento, tu confianza para sanar puede estar en tu Señor Jesús. Toma la Santa Cena y tómate tu medicación. Las medicinas están hechas por el hombre y vienen con advertencias sobre todos sus posibles efectos secundarios. Pero la Santa Cena nos la dio el mismo Dios, y sus únicos efectos secundarios son que te harás más joven y fuerte cada vez que la tomes.

**INCLUSO CUANDO
ESTÉS SIGUIENDO
UN TRATAMIENTO
MÉDICO, CONFÍA
EN TU SEÑOR JESÚS
PARA QUE TE SANE.**

DIOS USA LO DÉBIL PARA CONFUNDIR A LOS FUERTES

Cuando dejamos de lado los elementos de la Santa Cena porque parecen insignificantes y débiles, estamos olvidando cómo obra Dios. La

Biblia dice: «Dios [...] escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos» (1 Co 1.27). Una y otra vez, vemos cómo Dios derrotó a los enemigos de los hijos de Israel no con poderío militar, sino mediante cosas aparentemente insignificantes.

Dios usó una honda y una piedra en la mano de un pastorcillo para derribar a Goliat, el poderoso paladín del ejército filisteo (1 S 17.38–51). Utilizó un martillo y una estaca de tienda de campaña en las manos de una mujer indefensa para destruir a Sísara, el despiadado comandante militar cananeo que había oprimido a los hijos de Israel durante veinte años (Jue 4.3–22). Usó la quijada de un asno en la mano de Sansón, un solo hombre, para matar a mil filisteos (Jue 15.15–16).

Del mismo modo, en la mano, los elementos de la Santa Cena pueden parecer pequeños e intrascendentes. Tu carne puede tratar de decirte: «Qué tontería. ¿Qué poder tiene esta galletita?» o «No te hagas ilusiones. Nada puede ayudarte». Pero no escuches esas mentiras. No cometas el error de despreciar el pan y la copa, porque Dios puede usar algo que parece muy pequeño para destruir completamente enfermedades para las que el mundo no tiene cura.

Cuando una mujer gentil se acercó al Señor Jesús buscando sanidad para su hija endemoniada, él se refirió a la sanidad como «el pan

**DIOS PUEDE USAR
ALGO QUE PARECE
MUY PEQUEÑO
PARA DESTRUIR
ENFERMEDADES
PARA LAS QUE
EL MUNDO NO
TIENE CURA.**

de los hijos». ¿Sabes lo que la mujer le dijo? «Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos». Jesús le dijo entonces: «Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres». Y en esa misma hora, su hija se curó (Mt 15.22–28).

¿Qué crees que representa el pan de los hijos que se pone en la «mesa de los amos»? ¡La Santa Cena! Tú y yo nos sentamos a la mesa del Maestro porque somos hijos e hijas del Dios Altísimo, y participamos libremente de la Cena del Señor. Si hasta las «migajas» que cayeron de la mesa pudieron curar a la

hija de la mujer, ¡cuánta más sanidad y vida recibiremos teniendo la sustancia de la Santa Cena!

RECUPERACIÓN SOBRENATURAL DE UNA EMBOLIA

Ya que estamos hablando de cómo podemos tener vida y salud con esta comida, quiero compartir el testimonio de Zach, una persona de Singapur que hace ejercicio casi a diario y que, en sus propias palabras, es «cuidadoso con su dieta»:

Un día, mientras me preparaba para el trabajo, de repente perdí la fuerza de mi pierna y mi brazo izquierdos. No podía ponerme los pantalones y me apoyé en el armario mientras me deslizaba hasta el suelo. Llamé a mi esposa y le dije que me sentía mal.

Empecé a orar en el Espíritu, clamando a Jesús. Mi esposa también oró y declaró que por las heridas de Jesús soy sanado.

Unos cinco minutos después, recuperé la fuerza en la pierna y el brazo. Me pude levantar, caminé hasta el sofá y me senté. Aunque había recuperado la fuerza en el brazo y la pierna, sentía que no había recuperado mi capacidad motriz.

Mi familia me llevó al hospital, donde me hicieron algunas pruebas. La resonancia magnética mostró que había sufrido un leve accidente cerebrovascular. Se me vino el mundo encima. Me encontré preguntándome, *¿cómo es posible? Hago ejercicio casi a diario y cuido mi dieta.*

Me ingresaron en el hospital; en la puerta de mi habitación había una cruz. Miré a ella y reclamé la obra consumada de Cristo, declaré mi cuerpo sano por su perfecta obra y seguí reclamando la obra consumada de Cristo.

También *tomamos la Santa Cena en familia* y me unguí con aceite. Oré y reclamé las promesas de Dios que tenemos en Salmos 23.4–6.

Al día siguiente, pude notar que mi fuerza y mis capacidades motrices habían vuelto. Cuando el médico vino a examinarme por la mañana, confirmó que había recuperado mis fuerzas hasta un 80–85 % y me envió a fisioterapia. A la tercera mañana, el doctor me examinó y me dijo que podía ser dado de alta, ya que había recuperado el 95 % de mis fuerzas.

En mi revisión de seguimiento, me dieron el visto bueno para volver a mi rutina regular de ejercicio. Poco después, competí en una carrera de 18K y la terminé en poco más de dos horas.

Doy gracias a Dios por mi rápida recuperación y gracias a usted, pastor Prince, por sus enseñanzas sobre tomar la Santa Cena y ungirnos con aceite para curarnos, y por sus mensajes de gracia semana tras semana.

¡Toda mi alabanza para Jesús! Amén.

Zach sufrió un derrame cerebral y tuvo la aterradora experiencia de perder de repente la fuerza en la mitad de su cuerpo. Una embolia cerebral puede llevar a un daño permanente, pero, alabado sea el Señor, Zach se recuperó muy pronto, y creo plenamente que fue gracias a la protección y la sanidad del Señor.

Pero lo que quiero que veas es esto: Zach estaba confundido por haber sufrido una embolia, ya que hacía ejercicio casi a diario y era cuidadoso con su dieta. Al fin de cuentas, Zach no podía depender de su alimentación y ejercicio. Solo podía mirar a la cruz y depender de la obra consumada de Cristo. ¡Y esa es también nuestra única garantía! ¿Viste cómo Zach declaró que su cuerpo estaba sano gracias a la obra perfecta de Jesús (y no por su estilo de vida disciplinado)?

Si te enfrentas a un problema de salud, ¿puedo animarte a hacer lo que hizo Zach? Me alegro por Zach, por su rápida recuperación, pero, por muy grave que sea tu pronóstico, la obra consumada de Cristo sigue ahí. Sigue declarando su Palabra sobre ti y sigue agradeciendo

al Señor por sus promesas. Lee para ti las promesas a las que Zach se aferró después de sufrir una embolia:

Aunque ande en valle de sombra de muerte,
No temeré mal alguno;
Porque tú estarás conmigo;
Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.
Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis enemigos;
Unges mi cabeza con aceite;
Mi copa está rebosando.
Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán
Todos los días de mi vida. (Sal 23.4–6)

Debes saber que, aunque andes por un valle oscuro y la sombra de la muerte se cierna sobre ti, no debes temer, porque el Señor está *contigo*.

Observa cómo el Señor prepara mesa delante de ti en presencia de tus enemigos. Fíjate en que el Señor prepara una mesa delante de ti *en presencia* (no en ausencia) de tus enemigos. El apóstol Pablo se refirió a la Santa Cena como «la mesa del Señor» (1 Co 10.21). Eso significa que, aunque tengas los síntomas e incluso esté ahí el dolor, el Señor quiere que vengas a su mesa y comas. Come todo lo que nuestro Señor Jesús ha hecho por ti en la cruz participando de la Santa Cena. Su cuerpo fue partido para que el tuyo estuviera entero.

Nuestra naturaleza humana nos hace celebrar y festejar solo *después de* ver que nuestros problemas se han resuelto y nuestros enemigos ya no están. Pero eso no es lo que Dios quiere. Él te ama mucho y ahora mismo te dice: «Descansa. Siéntate. Come. Porque yo pelearé tu batalla. ¡Yo derrotaré a tus enemigos!». Con cada mordisco, cuando comas, verás cómo te vuelves más fuerte, de una manera sobrenatural. Mira cómo se deshace el tumor. Mira cómo fluye su salud en tu cuerpo.

**NO TEMAS,
PORQUE EL
SEÑOR ESTÁ
CONTIGO.**

No tengas miedo de tus enemigos. Pueden estar a tu alrededor, pero puedes comer de la Mesa del Señor con alegría, sabiendo que, *con toda seguridad*, la bondad y la misericordia y su amor infalible te siguen ¡todos los días de tu vida! Si buscas la palabra hebrea para *seguir* en Salmos 23.6, verás que es *radaph*, y *radaph* significa «perseguir, cazar o seguir».¹⁰ Mira cómo la bondad y el amor de tu padre Dios te persiguen dondequiera que vayas. Incluso si tienes que someterte a una cirugía, a quimioterapia o a un trasplante de órganos, él está ahí contigo. En el quirófano, allí está él. En la unidad de cuidados intensivos, allí está él. No temas. ¡Él está contigo, y tus enemigos *no* tienen *poder* sobre ti!